

Que hizo temblar al pueblo de Judá,  
Que llenó el cielo de inocentes víctimas,  
Y que al Hijo de Dios quiso matar.

Con sinistral fulgor se ven brillar,  
Y entre sus labios desearnados óvares  
De sus dientes ya largos el crujir.

Del príncipe a la voz entran los médicos,  
Y Herodes dice, al verles, con furor:  
«¿Concluyó vuestra ciencia? No hay antidoto  
Que me quite, por fin, tanto dolor?»

«¡Idos malditos! de mi vida el término  
De vuestra muerte la sentencia es:  
Seréis muy pronto pasto de las águilas.

Y de los buitres codiciada presa os haré»

«Cumple, Arquelao, mandatos últimos;  
Pues no pudiste a un rey salvar,  
«Vayan ellos delante, y que mi espíritu  
Asíe al suyo en la ignota oscuridad»

«Y porque el pueblo miserable y ciego  
Me guardó feroz y lloro por su rey,  
«Hacia segar de cada casa un vástago...  
«Cumple, Arquelao, mi postrema ley»

«No pudo continuar su voz satánico,  
Comprimida en el pecho se extinguía;  
Se contrastaron sus horribles músculos  
Y la luz de sus ojos se apagó,  
«Así acabó aquel rey sanguinario y bárbaro»

## CAPITULO V.

## EL PAN DEL DESTERRADO.

Uno de los pesares mas amargos para el alma es indudablemente el destierro.

Las aficciones, la pobreza, el abandono y hasta la indigencia misma, son llevaderos en el pátrio suelo.

La tierra en que miramos la luz primera, es para nuestro corazon como una segunda madre: ella nos arrulla con sus brisas, nos embriaga con sus flores, nos consuela con su sol siempre fecundo y puro, y nos sonríe con sus recuerdos, vivos siempre en nuestra alma.

Por pequeña, por árida, por desagradable que sea para otros, tiene para nosotros un encanto indefinible; una atracción que nos arrastra hacia ella, de donde quiera que estamos, como el iman al acero, como el Estío atrae las lluvias que fecundan las cementeras, haciéndolas producir doradas espigas, mieses abundantes.

El magnate puede vivir en un palacio en lejana tierra; doblan ante él la rodilla aduladores visionarios, que hacen consistir su felicidad en la esperanza de un puesto, que quizá ha de legarles una vida de remordimientos; el oro y las perlas



les son tan comunes que no le ofrecen ya ningún placer, si es que puede llamarse placer á la posesión de tesoros que conturban el espíritu; que se compran con lágrimas, y que tienen por origen el sudor de los pobres. ¡Pero alguna vez, se acuerda del pedazo de tierra en que se mecía su cuna! Cuando las borrascas se levantan en el fondo de su alma, va allí donde la yerba fresca le sirvió de alfombra: donde su reclinatorio eran los brazos de una madre tierna: donde su palacio no era quizá otra cosa que una pequeña casa de teja con un extenso gallinero, que tenía por límites: la espesa selva, el cristalino arroyuelo, la verde loma tocando con su bajo penacho, el limpio azul del horizonte.

¡Entonces suspira; quizá una lágrima de fuego resbalando por sus mejillas, rebota al corazón causándole un dolor agudo; el dolor de un bien perdido que no podrá olvidar! ¡La dicha que allí disfrutó no la encuentra en su palacio: entre el brillo deslumbrador de sus honores, falta el rayo de sol que se mecía sobre su cuna!

El amor patrio es un sentimiento que tiene su procedencia en la gratitud.

La gratitud nos impone deberes que cumplidos, dejan en el alma una satisfacción dulce y tranquila; un goce supremo que sentimos, pero que no somos capaces de definir.

Y si la gratitud es un deber, y el amor patrio nace de la gratitud, ¿cómo no practicarla con ese pedazo de tierra donde por vez primera se nos

dió á conocer la grandeza de Dios; donde el vientececillo jugó nuestros cabellos, oreando nuestra frente; donde nuestros pies ensayaron sus vacilantes pasos bajo el blanco cendal de la inocencia? ¡Cómo no amar á nuestra patria cuando, el más insignificante de sus objetos, guarda para nosotros un mundo de recuerdos?

Quien no ama á su patria es un ingrato; y deja conocer que tiene un corazón, que, como á las mariposas, le basta el presente para volar en torno de él.

Nadie puede comprender lo grande del amor á la patria, sino cuando se vé desterrado de ella; cuando su ardiente sol no calienta sus entumecidos miembros; cuando el viento puro de sus bosquecillos, no viene á orear su frente abrasada por los recuerdos; cuando el calor de sus brisas no evapora las lágrimas que surcan su pálida mejilla; cuando su vista dilatándose en el nebuloso horizonte, solo encuentra picachos elevados, empinados montes, que como misteriosos fantasmas, interponen sus azules crestas entre sus ojos y su patria.

¡Nadie, en fin, conoce ese amor sentido, sino cuando se vé obligado á comer el pan del desterrado!

Los castísimos esposos José y María con su pequeño Niño, que apenas contaba tres meses, huyendo del sanguinario Herodes, partieron para el Egipto,

Las espesas nieblas de la noche protejieron su salida de Nazareth.



Las elevadas palmeras les servían de tienda en esas horas calurosas en que se hace necesario descansar.

¡Pobres viajeros! Sin mas escudo que la Providencia, grande para todos, para todos sublime, hicieron la penosa travesía de un camino dilatado, donde extensas sábanas de ardientes arenales, se interponían á su paso con todos sus peligros.

¡Palomas fugitivas! tendieron sus alas huyendo de un mar de sangre, que amenazaba devorarles con sus encrespadas olas!

Proscritos de su país natal, por la ambición de un tirano, vieron sus frentes tostadas por el ardiente simoun en los inmensos desiertos de la Arabia.

Y cuando al cruzar tan vastas soledades, tendían su vista, buscando á lo léjos el punto oscuro donde quedaba su patria, lanzaban un suspiro, y una lágrima furtiva se desprendía del fondo de su alma, que no alcanzaba á ver mas que una que otra caravana envuelta en el polvo del desierto; y á lo léjos, en torno suyo, las constantes brumas del Mar Rojo y del Mediterráneo, y la oscura cresta del Sinaí alejándose de ellos con sus salientes rocas, como espantado y medroso ante la soledad de los blancos arenales de la Libia.

Desterrados de Nazareth, su patria, iban al Egipto; y el Egipto les era enteramente desconocido.

La ciudad de las cien torres, con sus palacios de granito, sus columnas de pórfido y su rico anfiteatro, pudo percibirse de la llegada de sus augus-

tos huéspedes, cuando, como Eliópolis, vió descender de su alto pedestal las estatuas de sus dioses, á la sola presencia del Hijo de María.

Pero no fué así: encallecida en sus errores, creyó efecto de la casualidad, lo que era obra del poder de aquel hermoso Niño que tocaba sus umbrales ignorado y desconocido.

En la parte oriental del rio Nilo, se extendía un pequeño caserío con sus bosques de palmeras, tamarindos y cañafistolos; sus elevadas higueras, sus aterciopelados platanares y sus lánguidos boababes: era Matarich.

En sus selváticas orillas triscaba la gacela, y gorgeaban entre las ramas, la avutarda y el flamenco.

¡Allí fué donde la Sagrada Familia, sin recursos y sin parientes, procuró hallar reposo en su amargura!

De todos los lugares que habitó, este es el que casi nadie se ha ocupado; quizá por haberle servido de destierro!

Yo, sin embargo, creo que debe mencionarse como un pueblo privilegiado.

Allí fué donde el Unigénito ensayó sus primeros pasos: allí, donde sus blancas manecitas ayudaron por primera vez á Sr. S. José á cortar la madera, que habia de proporcionarles una escasa subsistencia: allí donde, quizá á la sombra de un palmero ó á la orilla del Nilo, y mientras la Santísima Virgen lavaba, dobló las rodillas por primera vez para orar á su Eterno Padre.

¡José y María, palomas fugitivas, cuando el



halcón afilaba sus garras para herirlas, encontraron allí un nido donde refugiarse!

Allí, lejos de su patria, su vida resbaló cinco años mecida por la amargura del destierro y de la pobreza, porque millares de veces les faltó el pan necesario, pero libre de temores.

A menudo volvían sus ojos hacia el punto del horizonte en que se encontraba su patria; y los suspiros de su alma se confundían á todas horas con el murmurio del viento.

¡Y las horas rodaban con la pesadez y lentitud del plomo!

¡Cómo recordaban su pequeña casa de Nazareth, donde hasta el mas pequeño rayo de sol era alegre y risueño!

¡Ah! con razon se dice que el pan del desterrado está amasado con lágrimas!

Empero no se quejaban, nada decían: sus labios jamás murmuraban de los decretos del Altísimo, porque la resignacion era su gran virtud.

Cinco primaveras contaba el precioso Niño, cuando un ángel, apareciéndose á José le dijo: «Vuélvete á Nazareth tu patria, pues ya es tiempo de que lo hagas.»

José participó á María tan deseada nueva, y ambos bendijeron al Señor, que iba de nuevo á conducirles á su patria.

Salieron de Matarich con la alegría en el alma.

Iban por fin á contemplar los sitios en que habían pasado la mayor parte de su vida.

Pronto las asiáticas brisas besarian la tierna frente de su querido Hijo.

Pronto los Montes del Líbano se presentarian á su vista con su magnífico ropaje azul, sombreando en su falda los añiles y pimientos con su verdor eterno; y el aroma del canelo y del sándalo se confundiria con el aliento de la tarde en su modesta casa.

Cuando al fin de su penoso viaje, divisaron entre las brumas de la tarde las blancas torrecillas de los edificios de Nazareth; cuando las nievas nubes como rasgados crespones, se dejaron ver á sus ojos, coronando aquellos avioletados campos, donde tantas veces habían resbalado sus pies, una furtiva lágrima rodó de la pupila de los castos Esposos: ¡una lágrima de felicidad!

¡Poco despues el pan del desterrado, fué sustituido por el pan de la patria!

Así como la golondrina, á su vuelta de distantes tierras, canta y revolotea al encontrarse con el nido en que ampolló sus huevillos blancos como la nieve, José y María sonreían bajo el humilde techo, donde su divino Hijo había sido arrullado por su amoroso acento, en las primeras auroras de su Santa vida.

Cada pericuetto, que envuelto en las nacaradas cintas de la tarde, se presentaba á su vista, bajo la azulada convexa del horizonte, y entre los aljofarados orles de los sonrosados cirros, era contemplado por ellos, con esa avidez y ternura con que contemplamos los objetos que por largo tiempo hemos dejado de mirar.

Cuando se ha vivido ausente de la tierra natal, y se vuelve á ella, parecénos que el tiempo de



la ausencia le ha llenado de nuevos atractivos: el sol brilla con mas intensidad; los pajarillos cantan con mas armonía; las rosas tienen mas perfume; el horizonte mas luz, la luna mas dulzura y los campos mas encantos.

En el suelo pátrio, al calor de nuestros lares y en medio de los seres que nos son queridos, basta un segundo para hacernos olvidar diez años de lágrimas!

José y María al lado de su Hijo, y bajo el cielo opalado de Nazareth, habian olvidado las duras privaciones del Egipto!

Su alma, toda virtud, toda ternura, se ocupaba constantemente en dar gracias á la Omnipotencia que les habia trocado la tristeza del destierro en la mas pura alegría.

#### SUPLICA

¡Oh José! ¡Oh María! esposos sin mancha; modelo purísimo de toda santidad, que sufriendo resignados aquel amargo y dilatado destierro, fuisteis compensados despues de cinco años, con una santa alegría, la alegría del regreso á Nazareth, vuestra querida patria. Suplicad al Señor, que nosotros, al abandonar este destierro, tengamos la alegría de llegar á la patria celestial. Viajeros somos en este valle de miserias, donde nuestra peregrinacion es de lágrimas: desterrados nos hallamos de la celestial Sion: interceded por nosotros, para que tengamos la incomparable felicidad de verlos en el cielo. Amén.

#### CANTO VII.

##### EL NIÑO DE NAZARETH.

Costumbre era muy piadosa  
En el pueblo de Israel,  
Ir á Salem la orgullosa  
A pasar la Pascua hermosa;  
Y en el Templo,  
Dando de piedad ejemplo,  
Dar honra al Supremo Bien.

Cada año por ese día,  
Iba la gente en tropel,  
Con respetuosa alegría,  
A la ciudad que dormia  
Entre yedros,  
Al pié de gigantes cedros  
Y abanicos de laurel.

Y era tan grande el gentío  
Que llegaba á la ciudad,  
Que cual las olas de un río,  
De su centro en el vacío,

Se estrechaban,  
Y á duras penas lograban  
Abrirse paso y andar.



José y Miriam los primeros  
Siempre la ley en cumplir,  
Iban luego placenteros,  
Sus corazones sinceros,  
En el Templo,  
Dando de piedad ejemplo  
Entre el incienso á rendir.

Al cumplir Jesus doce años  
Le llevaron á Salem;  
Mas por decretos extraños,  
A la humanidad uraños,  
De su lado,  
Se perdió el Niño adorado,  
Ya de vuelta á Nazareth.

Distinta senda traía  
Cada sexo: así José  
Creyó estaba con María;  
Hasta que cayendo el día  
Se encontraron,  
Y sin el Niño se hallaron,  
Ya cerca de Nazareth.

¡Cuál fuera su pesadumbre  
Nadie puede imaginar!  
Tres veces del sol la lumbré  
Iluminó la techumbre,  
Sin desvío,  
Del inmenso caserío  
Y las ondas del Jordan.

"¿Dónde está el Hijo de mi alma?"

Preguntaban con amor,  
De su inquietud en la alarma:  
"Es gallardo cual la palma;  
"Su cabello  
"Baja en ondas por su cuello,  
"Y es mas brillante que el sol.

"Sus ojos que son estrellas  
"No hallan en el cielo igual;  
"Sus manecitas son bellas,  
"Sus piesecitos, ni huellas,  
"En la arena,  
"Donde crece la verbena,  
"Dejan en su leve andar.

"Sus lábios son coralinos,  
"Y su aliento de azahar;  
"Sus dientes blancos y finos;  
"Mas sus hechizos divinos  
"Mi alma absorbe! . . .  
"No bastara todo el orbe  
"Para poderle pintar!"

Allá en el templo suntuoso  
En tanto el Niño Jesus,  
Con acento prodigioso,  
Del arcano misterioso  
De la ciencia,  
Con su vasta inteligencia,  
Deja ver la inmensa luz.

Entre Doctores y sábios  
Levanta la augusta sien;



Y hace olvidar los resabios;  
Que solo se abren sus lábios  
De granado,  
Para inmolar el pecado  
Sobre las aras del bien.

Son tantas las maravillas,  
Que escuchan todos allí,  
Que le admiran á hurtadillas;  
Y calleran de rodillas

Ante el Niño,  
De blanca frente de armiño,  
Si El lo permitiera así.

¡Qué talento tan profundo  
Revela en su tierno Ser!  
Cada palabra es un mundo,  
Que acredita en un segundo,

A la ciencia,  
Cuán vasta es la inteligencia  
Del Niño de Nazareth.

Todos le oyen asombrados,  
Con admiracion le ven;  
Cuando sus padres amados,  
Llorosos y fatigados,  
Van al Templo,  
Donde le hallan dando ejemplo  
De humildad, respeto y fé.

Se le acercan; y en voz rúa  
Decían los de Salem:

¡La altiva Aténas, la Grecia  
Que en saber tanto se precia,  
Se estrellara,  
Ante la ciencia preclara  
Del Niño de Nazareth!